

Los andamiajes de la violencia

En la última escena de la película "Una historia violenta", de David Cronenberg, el protagonista regresa a su casa, su familia está comiendo y le recibe con frialdad, sin dejar espacio en la mesa para el padre. Se trata de un hombre que nos han mostrado como un ciudadano modélico, que pasa a convertirse en héroe popular por la legítima defensa de su negocio que le lleva a matar a dos atracadores. Posteriormente descubrimos que se trata de alguien que mantiene un pasado mafioso y criminal. En ese viaje de uno a otro, la idílica familia se ve imbuida por las pulsiones de la violencia y esa tensión se marca en sus propias relaciones. Por eso cuando el padre regresa existe un juego de miradas entre ellos, una desconfianza que sólo romperá la más pequeña de la familia, una niña rubia de rostro angelical, que pone un cubierto en la mesa al progenitor regresado al hogar. ¿Es su inocencia la única capaz de liberarse de la convulsión violenta, de no verse inundada por sus estigmas?

Cronenberg ha dicho: "Me ha fascinado siempre un orden que esconde un desorden inminente", y así nos muestra escenarios donde se puede ser víctima y verdugo, estar impregnados de una violencia tan contenida de gloria, como de miseria, y lo terrible es que no se diferencia mucho una de la otra. El protagonista de la citada película mata a su hermano que sigue siendo un mafioso, pero no sabemos dónde está Abel y dónde Cain. La violencia es circular.

En la última película del director canadiense, "Promesas del Este", Viggo Mortensen encarna a Nikolai, un chófer de una de las familias del crimen organizado ruso en Londres. Nuevamente nos volvemos a encontrar con un personaje dual, que tanto puede ser un criminal o un infiltrado de alguna policía. Y no nos explica la dualidad, porque quiere dejarla ahí, sobre su piel tatuada. Lo que sí podemos ver son los naufragos de una sociedad en descomposición, la rusa, donde la KGB se transforma más que desaparece, al igual que los estados han perpetuado sus formas opresivas (zarismo-estado soviético-capitalismo) mientras permanecen los rasgos identitarios esclavistas más tradicionales y conservadores. Y que la película se titule "Promesas...", puede ser una ironía, un oscuro presagio o una puerta abierta a la esperanza porque un bebé se salva de la barbarie mafiosa.

En un momento de la obra "Imperium", de La Fura dels Baus, las actrices enarbolan antorchas encendidas, a modo del fuego que Prometeo roba a los dioses para liberar al mundo de las tinieblas. Pero sin embargo el espacio continúa sometido a la oscuridad y lo que se iniciará son peleas sin fin entre las portadoras de ese fuego liberador. Es el símbolo de las rebeliones devoradas por sus propios hijos, que han poblado el pasado siglo, mostrando cómo los sueños pueden corromperse e incluso convertir



Pedro Antonio Curto

las utopías en terribles pesadillas. Porque la violencia es circular.

¿Por qué un hombre mata a otro? ¿Una palabra de más? ¿Un agravio que se carga por años, como una herida putrefacta? ¿Un resentimiento que de pronto estalla? ¿Una cuenta que hay que saldar para estar conforme con uno mismo, si es que ese milagro puede ocurrir alguna vez en la vida de nadie? Son las preguntas que se hace el escritor argentino Andrés Rivera en la novela "El profundo Sur", recientemente editada en España. Nos habla de unos sucesos ocurridos en el Buenos Aires de 1919, en un momento de revoluciones y reacciones. Cuenta el cruce de un azar, de cuatro hombres en una calle

convulsa, con el resultado de que unos serán asesinos y otros asesinados, pero su papel es intercambiable porque cargan con sus biografías, donde frustraciones y agresiones, rencor y venganza, se encuentran en el tumulto de una calle bonaerense.

Nos habla de un tiempo violento, pero podría ser hoy mismo, porque ese "profundo Sur" es un lugar mítico donde los seres se encuentran con la desafección por una sociedad que les somete al engranaje de unas estructuras donde son personajes circunstanciales. La violencia es circular.

Son tres expresiones escogidas al azar, en que partiendo del campo de la creación se reflexiona sobre la violencia. En un mundo donde lo violento es un plato diario informativo, que forma parte, aunque sea sibilinamente, de la competencia social, parece lógica su presencia en el campo del arte. Porque es desde éste, el que nos permite cruzar todas las fronteras, no atenerse a las normas que la vida nos obliga.

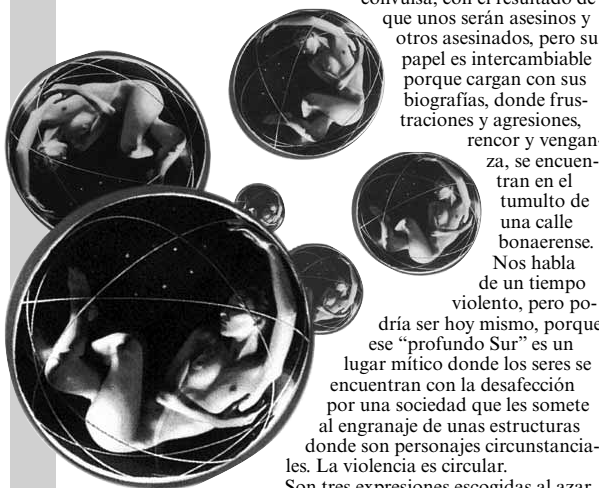
Pero el paradigma lo encontramos al situar la violencia en lo social, lo económico, lo político, que en definitiva son los determinantes. A pesar de que aparentemente la legislación, los planteamientos discursivos o la filosofía que rigen las sociedades occidentales han pretendido desterrar las formas violentas, éstas persisten e incluso se incrementan. Hay violencia política en mayor o menor grado, violencia en las relaciones familiares, contra las mujeres, contra los diferentes, en lo laboral, en la educación, en el ocio... Basta con salir una noche y encontrarse con que los locales tienen que tener vigilantes, que hay gentes que se pelean por los motivos más espurios (en algunos casos basta una simple mirada, un empujón) o los más arcaicos. Curiosamente el cuerpo violento se ha intro-

ducido en uno de los logros más liberadores de nuestra sociedad, como es el ocio y la diversión nocturna. Igual pasa en la educación, donde los asesinos múltiples parece haber saltado el charco y llegan a Europa. Da que pensar porque no hay respuestas fáciles, sino incógnitas sobre determinadas formas de progreso, sobre que la violencia está en ese modelo. La pulsión violenta, como la de la muerte es una parte de nosotros y es posible que estemos esquivando un diálogo a fondo y profundo con esa pulsión. Hemos llegado a creer que podíamos haberla controlado por lo avanzado de nuestro modelo social, pero es posible que lo que ocurra es justo lo contrario, que algunos de sus esquemas han servido para socializarla, aunque sea de una forma oculta y sibilina, achacándola a factores sociales y psicológicos del individuo violento. Habría que empezar por reconocer,

Es el símbolo de las rebeliones devoradas por sus propios hijos, que han poblado el pasado siglo, mostrando cómo los sueños pueden corromperse e incluso convertir las utopías en terribles pesadillas. Porque la violencia es circular.

que todos somos parte de ese individuo violento colectivo. Aunque sólo sirva para empezar a hacerse preguntas sobre las incógnitas que se plantean. Como ocurría cuando la Suecia del bienestar socialdemócrata tenía uno de los mayores índices de suicidio; y nadie se explicaba por qué tantos ciudadanos de ese "paraíso" escogían la muerte voluntaria.

Quizás se deba a que existen felicidades de escaparate, orwellianas, que siguen fabricando la insatisfacción de vivir en el mejor de los mundos posibles. El que los modernos y democráticos países occidentales sigan expresando su orgullo nacional con el desfile de su armamento y hombres armados, es algo más que un mero símbolo. Porque la violencia es circular.



<http://www.curtoescritor.com>



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto

Los viajes de Eros, de Pedro Antonio Curto, erotismo de calidad en Ediciones IRREVERENTES

